

Congreso carismático católico

JOSÉ RODRÍGUEZ MEDINA

Entre los días 16 y 19 de mayo de 1975 tuvo lugar en Roma el Congreso Mundial del Movimiento Carismático dentro del marco de la Iglesia católica.

El hecho reviste, a mi entender, tanta importancia para la renovación de la fe de los cristianos en la Iglesia y en el mundo que merece que nos detengamos a reflexionar sobre él, a la luz de las intuiciones recibidas y sobre todo de las vivencias que yo he experimentado personalmente el autor de estas líneas.

El Congreso reunió a unos doce mil participantes, bajo gigantescos toldados construidos en una gran esplanada sobre las catacumbas de San Calixto. Calculo que las tres cuartas partes de los participantes provenían de los Estados Unidos y del resto del mundo. Ello nada tiene de extraño, ya que fue en los USA donde surgió primero el movimiento pentecostal, íntimamente relacionado con la actual renovación carismática.

El resto de congresistas eran en su mayoría hispanoparlantes: mejicanos y centroamericanos sobre todo. Calculo que el grupo de españoles que allí acudimos expresamente desde España se componía de unas 300 personas que participan en la vida de oración comunitaria en sus reuniones carismáticas de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Bilbao, Pamplona, Salamanca y Valladolid. También había franceses e italianos.

El inglés fue, de hecho, la lengua oficial del Congreso, con traducciones en francés, español e italiano.

Los actos consistieron en: sesiones generales masivas, talleres o seminarios de trabajo por grupos relativamente restringidos que reunían algo así como un millar de personas; la celebración

eucarística presidida por Pablo VI el domingo de Pentecostés, y la audiencia papal el lunes de Pentecostés, después de la celebración eucarística presidida por el Cardenal Sucens.

Por la noche, en los hoteles, los grupos lingüísticos continuaban su actividad organizando celebraciones, orando comunitariamente y reflexionando hasta altas horas de la madrugada. En nuestro grupo esta oración fue organizada en la habitación de Rafael, un ingeniero barcelonés inválido, que con su esposa Isabel acudió al Congreso con un entusiasmo admirable. Varios congresistas de nuestro grupo me confesaban que la fe y abnegación de Rafael e Isabel aglutinaron e imprimieron un tono característico a nuestro grupo, albergado en el Hotel Italia, junto a la Plaza Barberini

Frente a la asamblea se había levantado un «podium» en el que ocupaba lugar un grupo de instrumentalistas encargados de dirigir y animar los cantos de la asamblea. Este grupo creó en ella un clima de alegría de fiesta, de entusiasmo y de contagio religioso. También ocuparon lugar en la tribuna una serie de personas de diversos países que comunicaban sucesivamente breves testimonios personales, colectivos o nacionales, sobre el movimiento carismático; o bien interpretaciones de determinados textos bíblicos relativos, sobre todo, a la presencia y acción del Espíritu en la vida de la comunidad cristiana.

En el sentido propio de la palabra y descontando la alocución del Papa en San Pedro, sólo hubo un discurso: extenso, bastante tematizado y orgánico. Lo pronunció en inglés el Cardenal Willebrands, presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos. También la estructura y tono de este discurso se integró dentro del clima general de entusiasmo del Congreso. No fue un discurso meramente objetivo, aséptico y frío. El Papa lo terminó con el grito constante de los carismáticos —«alelu-ya»— y alentando a la alegría.

Los seminarios o «talleres» se organizaron en tiendas de campaña capaces de albergar a un millar de personas. Trataban diversos aspectos de la vida en el Espíritu, tales como la devoción a la Escritura, la renovación de la vida parroquial y familiar, de la vida en el Espíritu, el don de curación... También aquí el objetivo no fue sólo el noético o meramente conceptual, sino una mezcla de contenidos doctrinales bíblicos que se pro-

ponían a la comunidad con la respuesta de ésta y con la expresión religiosa mediante el canto, la oración, el gesto, etc., etc.

Tras esta descripción, un tanto externa, del Congreso, intento algunas *reflexiones personales de fondo*:

la gracia como convivencia

Un Congreso de este tipo constituye una efusión particularmente intensa de la gracia de Dios, más palpable, acaso, en otro género de congresos. Más que congreso con preponderante carga intelectual, viene a ser una especie de *convivencia* en el sentido pleno de la palabra: las ideas y vivencias espirituales se conjuntan para crear una fortísima experiencia religiosa. A ello contribuyen todos los momentos y componentes del congreso: la fe se «muestra» más bien que se demuestra en personas que, más que hablar de ella, la viven intensa y comunitariamente durante jornadas enteras. Se experimenta la fe que se lleva, pero realizada también en otros miles de hermanos que aportan su propia visión, la fe y la consiguiente expresión religiosa. La alegría de Jesús resucitado, que leemos y oímos asépticamente en los comentarios bíblicos de nuestras celebraciones comunes, aquí se percibe a flor de piel en las manifestaciones inequívocas de la gran masa de congresistas que, por conjunto de circunstancias individuales y comunitarias, han roto las inhibiciones que en otras situaciones les impiden hacer comunicativa su alegría. Ello crea intensa intercomunicación entre cristianos de fe más bien sencilla y sin excesivas complicaciones.

Resulta imposible describir la imagen externa y el trance religioso de 12.000 cristianos venidos de todo el mundo, no tanto para oír discursos cuanto para proclamar su fe con gestos, vibraciones de manos, aplausos, cantos, expresiones diversas de alegría, danzas religiosas, muestras de fraternidad cristiana, imposiciones de manos los unos a los otros, etc., etc.

Hasta en los vestidos de muchos participantes se leían, gracias a los motivos que les traían a Roma para compartir su fe, «Jesús está vivo; Dios existe; el Señor resucitó; aleluya». Pregunté a algunos congresistas de distintas procedencias a quienes he consultado sobre los efectos y resultados obtenidos en sus vidas a tra-

del Congreso, me respondieron unánimemente: «Valía la pena. Es una gracia extraordinaria de Dios participar en la experiencia cristiana de tantos hombres y mujeres para quienes Jesús es una persona viva, realmente presente en la existencia». No hay argumento mayor como el de comprobar con todos los sentidos que, como yo, hay miles y miles de cristianos felices y consecuentes con su fe. Esta experiencia impulsa de modo irresistible a expresar con entusiasmo y sin inhibiciones la razón de nuestra fe.

Las sesiones generales. En realidad, la estructura de este Congreso difiere substancialmente de las de otros congresos, v. gr., de teología. Estaba compuesto de los siguientes elementos, entremezclados alternativamente: descripción del proceso creciente del movimiento carismático y su implantación en diversas regiones del mundo (India, Latinoamérica, Canadá, Irlanda, etc.); información sobre la situación actual y el número de grupos que componen el movimiento en diversos países; dificultades encontradas para la introducción del movimiento; proceso sufrido en el Episcopado desde la actitud de desconfianza hasta la aceptación del movimiento en sus respectivas diócesis; testimonios proféticos o comunicaciones de algunos miembros (seglares en su casi totalidad) sobre algunas perícopas de la Escritura... Cada una de estas intervenciones —que no solían pasar de unos diez minutos— iba seguida de tiempos de oración acompañados de expresiones externas impresionantes: cantos rítmicos apropiados para masas en diversas lenguas (gloria, aleluya; yo le resucitaré; sing to the Lord; for you are my God; resucitó; alabaré, alabaré; les mains ouvertes; mais oui, le Seigneur est bon; laudato sii, o mi Signore); elevación de manos (gesto típico de los grupos carismáticos); aplausos, no como aceptación de la comunicación o enseñanza recibida de una persona, sino como expresión religiosa confirmativa, v. gr. ante un mensaje profético; danza religiosa, ya sea en forma de círculos (por grupos improvisados en la gran asamblea), ya sea cogidos por los hombros; «bullicio» general, es decir, oración no verbalizada de la comunidad, en forma de «grito» religioso en que cada cual dice con sonidos inarticulados sus propios sentimientos religiosos; saludos de fraternidad entre los participantes más próximos.

Pedagógicamente hablando, yo compararía este congreso al módulo de reunión, característico de ciertas reuniones y movimien-

tos políticos (socialistas, comunistas) o religiosos, en que no subrayan demasiado las componentes intelectuales o, más bien, en los que se pretende que las componentes intelectuales se integren y aboquen de modo inmediato al compromiso, actividad e intercomunicación en todos sus niveles. De esas situaciones surge de modo quasicontinental una disposición obvia a la acción y coparticipación de las propias experiencias tomadas antes y durante aquella situación

comunicación creativa

Se evidencia un *nuevo tipo de comunicación religiosa* o, si se quiere, unas formas de comunicación religiosa que, en realidad, se han dado en las liturgias cristianas en sus etapas de creatividad, pero que se han convertido en formalismos decadentes y disecantes al pasar a las prescripciones rituales impuestas por las instituciones encargadas de controlar las expresiones religiosas. Estos imperativos legales inhiben al «niño» que hay en todo hombre religioso, y que queda ahogado por el «padre» que se impone para morigerar la excesiva (?) creatividad.

Basta leer los Salmos y los Hechos y epístolas de los apóstoles para convencerse de que las expresiones religiosas más arcaicas y aludidas, en realidad no son nuevas en la Iglesia sino estrictamente tradicionales: alegría comunicativa; saludos y ósculos de paz y fraternidad; cantos de alabanza; aclamaciones; oración; luya; orar con gemidos inenarrables; el mismo Espíritu orando por vosotros; Abba, Padre; Jesús resucitó; orar con cánticos espirituales, con himnos de acción de gracias, en el nombre del Señor; cantar con instrumentos, con la cítara...; danzar delante del Señor; orar unos por los otros; imponerse las manos; perdonarse mutuamente; hablar en profecías, en lenguas, con discreción de espíritus.

Todo ello producía un entusiasmo religioso difícil de narrar y de comunicar a quienes no lo han vivido. La comunicación a personas extrañas suele provocar en ellas cierta sonrisa de despectiva que revela la incapacidad para comprender y asimilar una experiencia no tenida personalmente.

Sobre el «ministerio» seglar

La mayoría de los directivos de los movimientos carismáticos y de los responsables de este Congreso han sido *seglares*. E

asimismo seglares la mayor parte de las personas que tuvieron intervenciones proféticas durante el Congreso. Ello es altamente significativo para la vida de la Iglesia que tiene planteado el grave problema de los *nuevos ministerios*. En realidad, en la Iglesia primitiva los ministerios estaban muy diversificados: el obispo, el presbítero, el catequista, el didáscalo, el profeta, el que hablaba en lenguas, el diácono, el realizador de la caridad con los necesitados, el discriminador de espíritus; el que poseía un don especial de oración...

Estos dones eran carismáticos, es decir, otorgados por el Espíritu para el bien de la comunidad. El Espíritu Santo los daba a quienes El quería. Naturalmente, un elemento selectivo de estos dones del Espíritu era la predisposición para ellos de quienes los recibían.

El proceso de institucionalización de la experiencia cristiana por la Iglesia jerárquica hizo que desaparecieran muchos de estos dones o, si se prefiere, impulsó a la Iglesia a suponerlos y confiarlos a los clérigos.

No puede negarse que en sí ello supone grave pérdida, dado que se «funcionaliza» en exceso e impone desde arriba a los clérigos dones y carismas para los que muchos de ellos son ineptos o terminan siéndolo, ya sea por infidelidad, ya por quedar superados en determinadas etapas de su vida. Con ello, la actividad carismática de los seglares ha quedado prácticamente eliminada con la consiguiente pérdida de dimensiones insospechadas para el bien espiritual de la comunidad eclesial.

Piénsese, por ejemplo, en una parroquia —¡y son tantas!— o en general en una comunidad donde el párroco o el presidente elegido desde arriba no poseen el don carismático de la oración, o de la caridad, o de la alegría, o de la discreción de espíritus. Si la estructura jurídica de esa comunidad no suscita, abre y facilita cauces a los seglares —hombres o mujeres— enriquecidos con esos dones —¡y son tantos!—, la comunidad permanece años y años en lamentable empobrecimiento en su experiencia religiosa. Mirando la Iglesia «por dentro», desde su estructura pneumática, este mal es incalculable.

En el movimiento carismático se va realizando desde la base la selección de las personas en quienes la comunidad reconoce los dones del Espíritu para el bien común. Con ello, el problema de

los *nuevos ministerios*, antes de recibir de parte de los teólogos comentarios doctrinales orgánicos y amplios, se está convirtiendo en realidad dentro de la Iglesia (léase Iglesia Viva, Núm. 56 [1975] 228-229). La experiencia personal tenida en varios países de Centroamérica y en España, y durante este Congreso convergentes en esto: los seculares constituyen el marco directivo, o, mejor, animador, de los nuevos ministerios dentro de los grupos carismáticos. Personalmente he conocido a muchos seculares con gran capacidad para la comunicación religioso-profética. Al surgir ésta espontánea —acaso sólo para determinado tiempo— resulta más eficaz que el ministerio ejercido por hombres instituidos de por vida, pero que en determinadas etapas de su existencia resultan ineptos o menos aptos para algunos aspectos, al menos, de la misión que la Iglesia debe realizar.

No se trata de tomar posturas extremas pero sí, al menos, integrar realidades que de hecho existen pero que hasta ahora han carecido de cauce.

El hecho es altamente significativo si, además de estas consideraciones, paramos mientes en la terrible disminución numérica que está experimentando la Iglesia entre las filas de sus seguidores y religiosos. Tenemos, pues, un signo de esperanza y sólo una prueba de que el Señor sigue con su Iglesia, inspirando nuevas y acaso mejores soluciones a problemas originados por contingencias históricas inevitables.

Pienso, incluso, que no es bueno que los eclesiásticos traten de monopolizar la dirección de estos movimientos, porque muchos seculares los aventajan en ciertos «sentidos» típicos de los movimientos carismáticos: sentido de la fiesta, de la espontaneidad religiosa, de la liberación para la expresión...

Sin embargo, importa que personas con criterios doctrinales propios participen para inyectarles el equilibrio global que necesitan. Digo equilibrio *global*: es decir, conocimientos doctrinales unidos a valores humanos, tales como la capacidad de intuición, de intercomunicación, de simpatía, de discreción de espíritu, valores que, todos unidos, permiten a una persona expresar en sus justas dimensiones «todo» lo que realmente surge en un grupo de oración, tratando de equilibrar el conjunto con la totalidad, sin atenerse demasiado a uno solo de sus aspectos.

obre liturgia y devoción

Estos movimientos de renovación de la vida de oración me hacen pensar en el papel realizado en la Edad Media por las *devociones*. En aquel entonces, las devociones significaron una llamada providencial del Espíritu a la conciencia religiosa popular, que encontró en las devociones los puntos de aplicación y expresión de su fe. Esta, en realidad, no encontraba cauces en la liturgia oficial que había perdido sentidos, expresiones, popularidad, capacidad de adaptación a la conciencia popular. El pueblo trató de decir en la devoción lo que no podía expresar en la liturgia oficial de la Iglesia (Cfr. L. BOUYER, *La vie de la liturgie*, Cerf, Paris, 1956, capítulo 18).

No obstante las reformas litúrgicas de nuestro tiempo, es indiscutible que los cristianos no acabamos de sentirnos satisfechos en la liturgia oficial porque no da suficiente cauce a la creatividad y expresividad.

Por otra parte, los contenidos y modos de expresión de los movimientos actuales de oración actúan, en realidad, con los mismos esquemas y estructuras de la tradición litúrgica: lectura bíblica, comentario de la comunidad, oración de los fieles y acción de gracias. Es esta estructura, quizás, uno de los elementos más valiosos de estos movimientos que merecen la aceptación, tanto de la jerarquía como de cualquier persona seria que sin prejuicios se acerque a ellos.

Es interesante a este propósito hacer constancia de que Pablo VI en el discurso dirigido al Congreso, el lunes de Pentecostés, alabó «sin reticencias» el movimiento. Esto, a mi entender, es nuevo, dado que Pablo VI en ocasiones anteriores solía poner algún 'pero' o reticencia al movimiento.

Entre la psicología y el Espíritu

¿Entran aquí elementos psicológicos? Sin duda. ¿Dónde no? Existe contagio psicológico entre los miembros de los grupos carismáticos. El fervor expresivo de unos influye sobre los demás. En Roma, el espectáculo de 12.000 cristianos, cantando con gestos corporales rítmicos, los brazos en alto, gritando su fe sin reticencias producía un contagio y entusiasmo inevitables. Yo me sentía forzado a integrarme de lleno, v. gr. en aquel grupo de españoles que oraban intensamente e imponían las manos a dos religiosas italianas que en San Pedro, de rodillas, nos pedían que orásemos con fuerza sobre ellas. Es también inevitable que

en este clima surjan efusiones de lágrimas u oración en leng fenómeno éste más «normal» y más fácil de explicar de lo algunos estiman.

Yo diría que son éstos los síntomas del hombre en fiesta y hemos de juzgarlos con los criterios usados para el «tratamto» del hombre integrado plenamente en la dimensión fes de la existencia

Otro elemento de «cautela» podría ser la tendencia excesiv providencialismo entre los miembros de los movimientos ca máticos: se ve a Dios demasiado fácil y directamente en acontecimientos históricos. Es el peligro de todos los provi cialismos. Consisten en saltar de golpe desde la esfera d historia a lo extratemporal, sin pasar por las mediacion instrumentos humanos. Personalmente he observado en va ocasiones y de modo particular en Latinoamérica la fácil pensión al miraculismo, curaciones milagrosas, a ver a l directa e inmediateamente implicado en los sucesos, acie y desaciertos humanos. Es, sinceramente, una actitud que desagrada. Deberíamos minimizarla al máximo y subrayar auténticos valores de fe, palabra, gracia, actitud eucaríst etc. Creo que este punto merece ser tenido en cuenta con cudeza y objetividad a la vez.

Diría, para *concluir*, que nos encontramos aquí con uno de grandes signos actuales del Espíritu. Como todos los sig también éste está formulando a la Iglesia serios interroga y eficaces estímulos.

Unos se sonríen burlonamente tomando el fenómeno por los los, subrayando posibles excesos del movimiento carismá sin tomarse el esfuerzo y la caridad de comprenderlo por der agarrados a formas tradicionales envejecidas o muertas en creen vivir satisfechos.

Otros lo abrazan con demasiado entusiasmo sin tampoco lestarse en observar actitud sanamente crítica ante el he Creo que hemos de desnudarnos de nosotros mismos, obse desde dentro qué sucede y juzgarlo por los frutos, como dic evangelio

ULTIMAS NOVEDADES SAN PIO X

Colección «FE-EXPERIENCIA»

ESCUELA, CONCIENTIZACION, CATEQUESIS. José Javier Echeverría Mauleón. 250 ptas.

Colección «JORNADAS DE PASTORAL EDUCATIVA»

EXPRESION Y COMUNICACION DEL MENSAJE. Equipo del Instituto Pontificio San Pio X. 1975, 220 ptas.

Colección «PASTORAL AL AIRE LIBRE»

EDUCAR EN EL TIEMPO LIBRE I. Rafael Mendía y Jesús María Pitarque. 250 ptas.

EDUCAR EN EL TIEMPO LIBRE II. Rafael Mendía y Jesús María Pitarque. 200 ptas.

PSICOLOGIA

GRUPOS E INDIVIDUOS. E. Pinzón Umaña. 180 ptas.

Colección «CELEBRACIONES DE LA PALABRA DE DIOS»

86. CELEBRACIONES PARA EL CURSO CATEQUISTICO. Emeterio Sorazu.

87. CELEBRACIONES PARA EL TIEMPO LITURGICO. Emeterio Sorazu.

88. CELEBRACIONES DE LOS SIGNOS. Emeterio Sorazu.

89. CELEBRACIONES SACRAMENTALES. Emeterio Sorazu.

MATERIAL VOCACIONAL

LLAMADA URGENTE: 12 murales vocacionales. Folleto guía. Programación para el curso. Juego completo: 1.300 ptas. José M.^a Martínez Beltrán.